

El retorno de los brujos¹

La ciencia es producto de la inclinación humana a saber y de la necesidad de encontrar un conocimiento eficaz para responder a los desafíos de la existencia referidos a la satisfacción de las necesidades básicas de las personas, las relaciones de los seres humanos con la naturaleza, y las relaciones de convivencia entre ellos. En ambos casos, la actividad científica es búsqueda del saber: el saber por sí mismo: saber desin-

teresado, y el saber para: saber con fines prácticos.

El pensamiento científico nace como alternativa al sentido común y al pensamiento mágico, cuando estos son percibidos como insuficientes para explicar el mundo y resolver los problemas de sociedades cada vez más grandes y complejas, y que mantienen vínculos cada vez más estrechos las unas con las otras². Su sostén es la

1 El título del presente artículo es el mismo del libro publicado en los años sesenta por Jacques Bergier y Louis Pauwels.

2 No en todas las sociedades, sin embargo, se ha desarrollado la ciencia. En la actualidad, de hecho, perviven ciertas comunidades no contactadas cuyas formas de vida son las del neolítico.

razón, y su validez descansa en la demostración lógica y en la prueba experimental. El pensamiento mágico, en cambio, saca su fuerza de la imaginación. Y a la lógica y la prueba científicas opone la aprobación emocional del creyente. La ciencia nos remite a lo posible, y la magia a lo imposible, a lo que viola las leyes de la naturaleza.

Puesto que nos revela lo posible, el pensamiento científico nos otorga una base de actuación centrada en la conciencia de lo que se puede hacer. Y la posibilidad de hacer algo es, al mismo tiempo, un indicador de la posible eficacia de ese hacer en la resolución de un problema.

La eficacia científica implica la transformación del mundo en un sentido predeterminado por quienes producen el conocimiento científico y por quienes lo aplican y crean tecnologías basadas en él.

Obviamente, la eficacia no es una característica privativa del conocimiento científico, pues el conocimiento empírico puede ser también

eficaz, aunque en una medida incomparablemente menor que aquel. Además, mientras el científico y el ingeniero conocen casi siempre el porqué de la eficacia del conocimiento que han producido y manejan, el usuario del conocimiento empírico, no.

En la actualidad, las universidades son el principal centro de producción de conocimiento científico y de enseñanza de la ciencia. Se trata de una enseñanza especializada, que imparten especialistas -personas que han seguido un proceso de formación institucionalizado y conocen a profundidad un tema, área o disciplina- a estudiantes con las destrezas y los conocimientos mínimos necesarios

para acceder al conocimiento generado en esta áreas y disciplinas. Es decir, con la base intelectual suficiente para asimilar el conocimiento recibido en un plano distinto del plano del sentido común y de la simple divulgación.

Mientras las ciencias naturales han ido avanzando cada vez más en la

En la actualidad, las universidades son el principal centro de producción de conocimiento científico y de enseñanza especializada

➡
Doble sentido

comprensión de sus objetos de estudio, las disciplinas sociales se han mostrado poco eficaces para explicar los problemas que aquejan a las sociedades actuales y proponer soluciones que no sean logogrifos o lugares comunes apoyados en una estadística muchas veces innecesaria. Los cultores de estas disciplinas, por su parte, han entrado, por lo menos desde los años sesenta del siglo anterior, en una fuerte crisis de identidad científica.

El anhelo de que la gente los considere científicos y los respete como tales ha llevado a muchos estudiosos de la sociedad y la política a adoptar tres estrategias de “cientifización” de su quehacer: la conversión del discurso académico en jerigonza, la matematización de la investigación y el análisis social venga o no venga al caso, y la aplicación de las versiones populares de conceptos de la física, especialmente de la teoría cuántica y de la termodinámica, al estudio de los hechos sociales.

El empleo de estas estrategias, al que se suma la penetración del irracionalismo en el campo de las

humanidades, en lugar de equiparar los estudios sociales a las ciencias naturales ha ensanchado la brecha entre ambos campos.

La matematización porque sí ha generado un conocimiento irrelevante; la jerigonza académica - esos bloques de signos lingüísticos sin sentido-, un falso conocimiento; y la aplicación de conceptos de las ciencias naturales al estudio de las sociedades, un conocimiento impertinente. Irrelevancia, falsedad, impertinencia, son el resultado del intento de convertir los estudios sociales en algo que no son.

Hombres o partículas elementales

El uso, por parte de quienes se ocupan de los estudios sociales, de ideas y procedimientos de las ciencias naturales para el análisis y explicación de lo social no es demasiado novedoso. Sus antecedentes más directos se remontan al siglo XIX, cuando las que ahora llamamos ciencias sociales eran disciplinas en formación y el positivismo estaba en auge. Aunque ya en el siglo XVIII, como señala Rafael del Águila, Charles Fourier se



Doble sentido

había propuesto aplicar la idea de atracción de Newton al estudio de las pasiones humanas³.

El brillo de conceptos tales como entropía⁴, o de teorías físicas completas, como la teoría cuántica y la de la relatividad, ha logrado encandilar a una multitud de incautos, carentes, como los transmisores de estas ideas en su versión popular, de preparación formal en física y matemáticas. Es decir, del entrenamiento intelectual necesario para entender aquello de lo que hablan.

Las carencias formativas no han sido, empero, un obstáculo para quienes gustan presentarse como científicos de avanzada y utilizan la versión divulgativa de los conceptos y teorías de la física en sus intentos de analizar y explicar hechos que pertenecen a un área de conocimiento radicalmente distinta.

¿Es posible estudiar con una teoría aplicable a partículas subatómi-

cas el funcionamiento de una sociedad compuesta por seres humanos, es decir, por seres macroscópicos que, además, tienen cerebro? Absolutamente, no. Pero esto no lo admiten los sociólogos o comunicadores sociales que, cuando hablan de la teoría de la relatividad o de la teoría cuántica, creen firmemente que saben de lo que hablan, siendo que, como afirma Ernesto Sábato, lo que han entendido de la teoría de Einstein explicada por un divulgador -él dice periodista- "es otra cosa", no, por cierto, la teoría de la relatividad.

Para el escritor y físico argentino, si bien a un hombre medianamente culto es posible explicarle la teoría de Newton, no ocurre lo mismo cuando se trata de explicarle la teoría de Einstein. Si este "empieza a leer una explicación de la teoría (...), afirma Sábato, cesa de entender en el preciso instante en que se comienza a decir algo de importancia; mientras se le

- 3 Ver el capítulo dedicado al socialismo utópico en "Historia de la Teoría Política 4", editada por Fernando Vallespin, y publicada por Alianza Editorial en el año 2002.
- 4 Sobre este concepto, Mario Bunge afirma: "Existen dos conceptos técnicos de entropía, diferentes e inconexos: el físico y el informativo. Ninguno de ellos es relevante para la filosofía, a pesar de que la palabra "entropía" es una de las favoritas de los filósofos populares" (Diccionario de Filosofía, 2007).

habla de trenes, silbatos y jefes de estación, mientras estamos todavía en el reino de las cosas cotidianas, el hombre todavía cree entender algo; pero no entiende ya nada cuando se empieza con las ideas que propiamente constituyen la nueva teoría (...). El empeño en querer expresar el contenido de la teoría de Einstein con el solo uso de palabras como “tren” o “jefe de estación” es tan grotesco como el empeño en querer arreglar un aparato de radio con el solo uso de martillo y tenaza” (Hombres y engranajes, 2006).

Tan desatinado como usar ideas aplicables a las partículas elementales para estudiar las sociedades humanas es, según Steven Weinberg, premio Nobel de física del año 1979, pretender deducir de los resultados de la investigación en el campo de la física “implicaciones lógicas directas” en la cultura, la política o la filosofía (Plantar Cara, 2003).

El mismo Weinberg presenta un ejemplo de la manera presuntuosa y disparatada en la que Jacques Derrida, una de las vacas sagradas del “deconstruccio-

nismo”, se refiere, sin entender nada de la teoría de la relatividad, a la constante einsteniana. Derrida dice: “la constante einsteniana no es una constante, no es un centro. Es el concepto mismo de la variabilidad: es, finalmente, el concepto del juego. En otras palabras, no es el concepto de algo –de un centro a partir del cual un observador pudiera dominar el campo- sino el concepto mismo del juego” (Plantar Cara, 2003). Frente a lo dicho por Derrida, el premio Nobel de física declara: “No tengo ni idea de qué quiere decir esto”. Pero, seguramente, los profesores y estudiantes “derridianos”, que nada saben de la teoría de la relatividad, a no ser aquello que pudieron haber leído en un libro de divulgación, afirmarán que lo han entendido y que lo expuesto por Derrida es profundo, revolucionario, brillante.

Lo que no se entiende no puede enseñarse. Lo que no se entiende no puede utilizarse –por lo menos no de modo adecuado-. Lo que no se entiende no puede adoptarse como instrumento de conocimiento. Aun así, por los foros académicos de Ecuador y Latinoamérica ambu-

lan decenas de profesores de sociología y comunicación social intentando convencer a los que les escuchan de que los principios de la termodinámica, que los técnicos usan para regular una máquina de vapor, son igualmente válidos para estudiar una familia e intervenir en esta cuando el sistema se sobrecalienta.

Una profesora, “experta” en estas cuestiones, me explicaba que, en una familia, igual que en una máquina, se podían encontrar extremos de frío y calor. Y que aquí, en la regulación de estos extremos de temperatura familiar, es donde debía intervenir el trabajador social, al que ella llamaba “ingeniero social”.

Esta profesora, sin saberlo, estaba recurriendo a uno de los procedimientos más típicos del pensamiento mágico: la analogía. La que, si bien puede cumplir funciones poéticas y didácticas, de ninguna manera es el método para hacer descubrimientos científicos. Puede, en cierto momento, encender la chispa del interés científico, estimular preguntas; pero solo llega hasta ahí. Lo que sigue es puro y duro

trabajo científico: revisión y confrontación de teorías, desarrollo de experimentos, sometimiento de los resultados de investigación al juicio de especialistas. No puede perderse de vista, además, que la capacidad de la analogía para explicar y enseñar se pierde cuando entramos en el mundo de las fórmulas y los procedimientos matemáticos complejos, y en el corazón de las disciplinas científicas que, como la física, sobre todo en especialidades como la teoría de la relatividad y la teoría cuántica, no pueden entenderse sin el manejo experto de altas matemáticas.

El pensamiento analógico es el pensamiento propio de los mitos y las religiones. Y se encuentra muy presente en la magia y en la medicina precientífica (los llamados saberes). También en la dietética popular.

Uno de los miles de ejemplos del uso del pensamiento analógico en la dietética popular es la elaboración del “caldo de tronquito”, plato muy apreciado en la Costa ecuatoriana, que se prepara con los testículos del toro, y al que se le atribuye la capacidad de transmitir

la capacidad sexual y reproductora del animal al hombre que lo consume. El dueño de un restaurante guayaquileño en el que se elabora este plato le cuenta al entrevistador de diario El Universo: “Es fundamental para el matrimonio. Tengo como cliente a un señor que no podía tener hijos en cuatro años de casado. Yo le dije que probara con el caldo a ver qué tal. Hace tres meses vino y me enseñó el bebé”.

Según Octavio Paz, la idea de la correspondencia universal se remonta, probablemente, a los albores de la humanidad. La analogía, dice, “vuelve habitable al mundo. A la contingencia y al accidente opone la regularidad; a la diferencia y la excepción, la semejanza”. El pensamiento analógico está presente en el ocultismo, el gnosticismo, la cábala (Los hijos del limo, 1985); pero, también, en el romanticismo, movimiento estético y filosófico, surgido a fines del siglo XVIII, de marcado carácter anti-

científico e irracionalista, y de gran influencia en los siglos XIX y XX. Románticas son las vanguardias literarias del siglo XX, así como el existencialismo y el posmodernismo, enemigos declarados de la razón. La influencia de este último en los estudios sociales ha sido muy fuerte y su negación del principio de verdad y el relativismo consecuente han llevado a sus seguidores fuera del marco de la ciencia.

La analogía que, como hemos visto, permite vincular aquello que por naturaleza está separado⁵ y comparar lo naturalmente incomparable, ha hecho que ciertos profesores universitarios, más audaces que rigurosos, más crédulos que perspicaces, hayan encontrado en la música de las esferas la explicación de la cultura humana.

Aunque resulte paradójico a primera vista, el intento de aplicar los principios de teorías de la física al

5 Recuérdese a este propósito el carácter de la metáfora surrealista, según la cual, en palabras de André Bretón, más poética es una metáfora mientras más alejados se encuentran los términos de la relación. La analogía entre los sistemas cuánticos y los sistemas sociales sigue la “lógica” surrealista.

estudio de los hechos sociales deriva de la brecha, ya insalvable, que se ha producido entre el campo de las ciencias de la naturaleza y las humanidades, de las que forman parte también los estudios sociales; algo que hace más de medio siglo fue advertido por el físico y novelista inglés C.P. Snow.

Los defensores de la idea de usar para la comprensión de un sistema social las teorías aplicables a las máquinas, en lugar de revelar la posibilidad de un acercamiento entre las humanidades y las ciencias naturales, revelan la gran ignorancia que, de estas ciencias, afecta a la mayoría de habitantes de nuestro planeta, incluidos los profesionales. Los mismos científicos, abrumados por el ingente crecimiento y especialización del conocimiento científico, han debido resignarse a no saber más que lo que a su reducido campo de especialización se refiere. En este punto de avance de la ciencia, el erudito renacentista es ya imposible. Y puesto que, en materias como la física de partículas, a no ser los expertos, casi nadie entiende lo que dice ni de lo que se habla -y aquí está la resolución de

la paradoja-, los brujos proliferan. Prueba para cazar brujos: si su profesor de sociología, comunicación social, antropología, historia o de cualquier disciplina relacionada con la cuestión social le da una clase de mecánica cuántica, y de lo dicho en clase concluye que es posible utilizar conceptos de esta teoría para explicar, por ejemplo, la forma en que se comunican las personas a través de las redes sociales o las relaciones familiares o la acción comunicativa, pídale, por favor, que derive e interprete las ecuaciones del ejercicio de barrera de potencial que se expone a continuación:

Una partícula se mueve de izquierda a derecha hacia una barrera (potencial). El potencial tiene la forma:

$$V(x) = \begin{cases} V_0 & \text{para } x \in [-a, a] \\ 0 & \text{cualquier otro caso} \end{cases}$$

Existen tres regiones: a la izquierda y derecha de la barrera, y dentro de ella misma. $2a$ es la anchura de la barrera. Como Ansatz para las soluciones de la ecuación de Schrödinger en estas tres regiones:

⇔
Doble sentido

$$\begin{aligned}\Psi_I(x) &= \alpha_+ e^{ipx/\hbar} + \alpha_- e^{-ipx/\hbar} \\ \Psi_{II}(x) &= \beta_+ e^{ikx/\hbar} + \beta_- e^{-ikx/\hbar} \\ \Psi_T(x) &= \gamma_+ e^{ipx/\hbar}\end{aligned}$$

M es la masa de la partícula. Con los exponentes $p = \sqrt{2ME}$ y $\kappa = \sqrt{2M(V_0 - E)}$, derivados de la ecuación estacionaria de Schrödinger. Con estas funciones de onda se pueden calcular las corrientes de probabilidad:

$$\begin{aligned}\Psi_{in}(x) &= \alpha_+ e^{ipx/\hbar} \\ \Rightarrow j_{in} &= \frac{\hbar}{2Mi} (\Psi_{in}(x)^* \Psi'_{in}(x) - \Psi'_{in}(x)^* \Psi_{in}(x)) \\ j_{in} &= \frac{\hbar p}{M} |\alpha_+|^2\end{aligned}$$

*Aquí, ' representa la derivada en función de x, y *, la conjugada de la función, para la parte de la función de onda que se mueve hacia la barrera, y del mismo modo para las partes que se reflejan y transmiten:*

$$\begin{aligned}\Psi_R(x) &= \alpha_- e^{-ipx/\hbar} \\ \Rightarrow j_R &= -\frac{\hbar p}{M} |\alpha_-|^2 \\ \Psi_T(x) &= \gamma_+ e^{ipx/\hbar} \\ \Rightarrow j_T &= \frac{\hbar p}{M} |\gamma_+|^2\end{aligned}$$

Ahora, se pueden calcular las probabilidades de reflexión y transmisión respectivamente.

Como consecuencia directa de la conservación de probabilidad en general, aplica la regla $R+T = 1$.

$$\begin{aligned}R = \frac{j_R}{j_{in}} &= \frac{|\alpha_-|^2}{|\alpha_+|^2} \\ T = \frac{j_T}{j_{in}} &= \frac{|\gamma_+|^2}{|\alpha_+|^2}\end{aligned}$$

Con un poco de álgebra se llega al resultado:

$$T = \left(1 + \frac{V_0^2}{4E(V_0 - E)} \sinh^2 2\kappa a / \hbar\right)^{-1}$$

Aunque T se acerca exponencialmente hacia 0 para barreras cada vez más anchas, el valor de la probabilidad de transmisión es diferente de 0. Este comportamiento es contrario a la expectativa clásica y se lo denomina efecto túnel⁶.

En la mecánica clásica, partículas que se mueven hacia una barrera de potencial y no tienen la suficiente energía para atravesar la barrera, simplemente rebotan. Cuando se realiza el cálculo en el marco de la mecánica cuántica, uno encuentra que la probabilidad de que una partícula atraviese la barrera es mayor que 0. Es decir, aunque ella no tenga la energía su-

6 Tomado de Hanhart, C. (2020). Kurz & Knapp - Quantenmechanik: Das Wichtigste auf Unter 150 seiten. SPRINGER.

ficiente (clásicamente hablando) para superar el obstáculo, aparece al otro lado y se continúa propagando. Una explicación de este fenómeno se encontraría en el principio de incertidumbre de Heisenberg. Este dice que la posición y el impulso de una partícula no pueden ser medidos con exactitud al mismo tiempo. Matemáticamente hablando $\Delta x \cdot \Delta p \sim h/4\pi$, siendo h la constante de Planck. O, dicho de otro modo, existe una incertidumbre probabilística cuando se miden x y p . La probabilidad clásica de que una partícula pase detrás de la barrera es 0, pero, para la mecánica cuántica, y según el principio de incertidumbre, este valor no puede ser absoluto. La partícula supera la barrera como si pasara a través de un túnel⁷.

Si su profesor ha logrado derivar e interpretar las ecuaciones de este ejercicio, seguramente sabe de lo que habla, y si usted lo ha entendido, también. De ser este el caso, los dos desempeñarían un mejor papel en la Facultad de Física que en la de Comunicación Social o en la de Sociología.

De Confucio a “Confuso”

Verdad de Perogrullo: el lenguaje hizo al hombre. Las reuniones de los cazadores en los campamentos prehumanos estimularon el desarrollo del lenguaje y este el del cerebro (E.O. Wilson, Los orígenes de la creatividad humana, 2018). Comunicarse de modo inteligible era una cuestión de vida o muerte. Y esto no solo en sentido figurado. Un error en la comunicación podía provocar la huida de una presa y, por tanto, el hambre en la horda. La civilización es producto del lenguaje, entendido como una capacidad privativa de los seres humanos y como un sistema de signos, sobre cuya base pueden construirse mensajes inteligibles.

La ininteligibilidad de los textos y mensajes es, por tanto, incivilizada. Escribir correctamente, en cambio, es la expresión de un cerebro lógico, ordenado, bien formado, y un signo de buena educación. Sin embargo, nos

7 Agradezco la guía de Andrés López en la elaboración del punto sobre el efecto túnel.

hemos vuelto muy maleducados⁸ y, de acuerdo con Michel Desmurget, menos inteligentes. Para el director de investigación del Instituto Nacional de Salud de Francia, investigaciones recientes sobre el coeficiente de inteligencia de la población en Noruega, Dinamarca, Finlandia, Francia, demuestran que la generación de los llamados “nativos digitales” es la primera cuyos miembros son menos inteligentes que los de la generación de sus padres, hasta el punto de que, afirma Desmurget, los jóvenes de la actualidad podrían calificarse de “cretinos digitales” (Diario de Sevilla, 1 de noviembre de 2020). En el caso de los universitarios, este hecho coincide con su transformación de “personas de libros” en “gestores de clicks”.

En un medio donde la inteligencia, la comprensión lectora y la correcta escritura declinan, no es

sorprendente que haya profesores universitarios que no saben leer ni escribir. Y que, en el caso específico de las humanidades, disimulen sus carencias acudiendo a la oscuridad deliberada. Una estrategia sobre la cual CH. W. Mills habló a fines de los años cincuenta del siglo pasado. Desde su punto de vista, la prosa académica de su tiempo -también la del nuestro- era innecesariamente oscura e ininteligible y su objetivo no era otro más que simular complejidad. ¿Por qué los profesores del área social optaban por la falsa complejidad en sus escritos? Por dos razones principales: la necesidad de afirmar su prestigio académico y la de apretar filas por parte de los mediocres (Sobre artesanía intelectual, 2009).

Engañar, en el campo de los estudios sociales, es mucho más fácil que en la biología o la física, sobre todo, la experimental, en la que la reproductibilidad del expe-

8 Este tema no es, como podría parecer, una cuestión para Carreño, sino para la moral y, por tanto, para la buena convivencia. No se olvide que el origen y la expresión práctica de la moral son las costumbres, y que la misma virtud, como señala Cicerón, es una práctica, es decir, una costumbre. Y luego, según Aristóteles, la virtud ética no es innata, sino aprendida.

rimento es una garantía de veracidad. Mientras mayor es el margen de engaño en una disciplina o campo del conocimiento menor es su cientificidad. De ahí que, y dado el gran margen para el engaño que presentan, no resulte aventurado decir que los estudios sociales sufren un “déficit crónico de cientificidad”, que es, también, un déficit de eticidad.

A este respecto, sostiene Jean Francois Revel, “En las disciplinas que, por su mismo objeto, no presuponen una sujeción demostrativa total, que se imponga desde el exterior a la subjetividad del investigador, por ejemplo, las ciencias sociales y la historia, se ve fácilmente reinar la ligereza, la mala fe, la trituración ideológica de los hechos, las rivalidades de clan, que ocasionalmente se anteponen al puro amor de la verdad, que se pretende reverenciar” (El conocimiento inútil, 1989, p. 10).

La simulación intelectual prospera, afirma Mills, en un contexto en el

que lo inteligible se califica de superficial. Y prospera también porque resulta mucho más fácil escribir de modo oscuro que de modo claro (Sobre artesanía intelectual, 2009).

La ininteligibilidad elevada a valor no es solo un problema lingüístico, es mucho más que eso.

Se trata de un problema ético, cognoscitivo y de convivencia. El que finge saber y transmite su no saber a unas personas -sus alumnos-, que creen de buena fe que están aprendiendo algo, no es menos que cualquier charlatán de feria.

Solo que, a diferencia de este, tiene un sueldo asegurado y una posición de prestigio.

Enseñar lo que no se sabe o se simula saber amparándose en una jerga ampulosa y en una sintaxis enrevesada es un atentado contra la confianza pública y la vida civilizada.

A diferencia de la física teórica, el objeto de estudio de la política, la sociología, la antropología es,

La ininteligibilidad elevada a valor no es solo un problema lingüístico, es mucho más que eso. Se trata de un problema ético, cognoscitivo y de convivencia.

como diría Sábato, “el reino de las cosas cotidianas”. El reino del trabajo, de la inflación, del desempleo, de la violencia. Por eso, el lenguaje de los estudios sociales no puede ser otro que el habla cotidiana. Ha sido necesario, por supuesto, crear conceptos y teorías para describir y reflexionar sobre la cuestión social. Pero, en la medida en que esos conceptos y teorías se refieren a la experiencia común en el ámbito público y en el privado deberían ser perfectamente entendibles para una persona que ha culminado en condiciones adecuadas la educación secundaria.

Un texto de sociología incomprensible para estas personas es, seguramente, una engañifa: humo de colores. “Hombre soy, nada de lo humano me es ajeno” no es solo un proverbio latino, sino el principio que debe guiar, a quienes estudian lo social, en sus búsquedas intelectuales y en la comunicación de sus hallazgos. Nada en la política y la sociología, si realmente vale, es extraño a la vivencia común y, por el mismo motivo, nada de lo que se escriba en estas disciplinas debería resul-

tar ajeno, incomprensible a los demás seres humanos.

Sostenidos en la oscuridad y la ambigüedad, muchos profesores han renunciado al que, quizá, es el objetivo mayor de la ciencia y el estudio sistemático de lo social: la dotación de sentido. Vivir humanamente es vivir de acuerdo con un orden sobre el cual las personas puedan tener un nivel de control tal que les permita ver su vida como una experiencia libremente elegida, no impuesta. Mientras mayor control una persona tiene sobre su vida, más humana es esta.

Para instaurar un orden que permita una vida más humana, es necesario, primero, dar sentido a los datos inconexos de la realidad y la experiencia. Es decir, ordenar lo disperso en un todo inteligible, en un todo susceptible de explicación y valoración. La recurrencia a la ininteligibilidad conspira contra este propósito y, en lugar de iluminar la realidad, genera confusión y desorientación.

Los brujos de la oscuridad deliberada, pese a que viven y medran de las humanidades, jamás podrían ser llamados humanistas.

Dime cuánto mides y te diré quién eres

De las distintas ramas de las matemáticas, la única que contribuye al análisis y comprensión de los hechos sociales es la estadística, ya sea descriptiva o inferencial. La sola estadística, sin embargo, no es suficiente para explicarlos y, de ninguna manera, sustituye a la reflexión social. Una reflexión que, sin bien no puede dejar de lado los datos objetivos, tampoco puede ignorar los valores.

Ciertamente, las ciencias naturales para ser lo que ahora son debieron separarse de la filosofía en un proceso que duró varios siglos. También los estudios sociales iniciaron este camino y de ahí surgieron diversas disciplinas con objetos de estudio, conceptos y metodologías propios. Sin embargo, su separación de la filosofía nunca fue completa: no podía serlo. La constitución del ser humano como tal es, en gran medida, el proceso de su moralización. Y la vida humana no puede entenderse fuera de la dinámica entre acciones y valores, entre actuación y valoración. Desconocer esto, pretender

que los estudios sociales deben centrarse únicamente en la medición cuantitativa puede, y de hecho ya está ocurriendo, conducirlos a la irrelevancia.

La estadística, útil en ciertos casos, no es aplicable a todos los objetos de estudio de los que se ocupan las disciplinas sociales. Tampoco ayuda a predecir la ocurrencia de hechos particulares que, en los campos de la sociología, la política, la comunicación, son los únicos que en verdad nos interesan.

Desesperados porque sus trabajos sean considerados científicos, los estudiosos de lo social, deslumbrados por la estadística, parecen nuevos ricos exhibiendo sus riquezas o niños mostrando a sus amigos su juguete nuevo. Han caído, así, en lo que Bourdieu llamaba fetichismo del método.

Y los fetichistas pueden cometer muchos pecados epistemológicos, como le ocurrió a cierta profesora que, en su tesis de doctorado, probó estadísticamente que el discurso de un político era populista porque la palabra “pueblo” se re-

Doble sentido

petía no sé cuántas veces. Aquejada por el fetichismo estadístico, no se daba cuenta, esta profesora, de que una sola palabra puede ser decisiva para entender el sentido de un texto, pese a que no sea la más frecuentemente utilizada.

La estadística mal usada puede servir como un reductor de la complejidad de los hechos que se estudian. Y una prueba tipo chi-cuadrado, como un sustituto de la reflexión.

El resultado de la sustitución de la reflexión social por unas cuantas pruebas estadísticas en disciplinas como la politología o la sociología es que estas disciplinas no interesan a nadie ni aportan nada para entender nuestra experiencia común ni nuestros problemas compartidos. “No importa”, dirán los profesores de una y otra disciplina, “a nosotros nos interesa solo el juicio de los colegas, de los expertos”. ¿Expertos en la simulación intelectual, expertos en la desmesura por ignorancia, expertos en la prueba de chi-cuadrado? Mal por ellos. Sí, mal por ellos, pues si no quieren que los textos politológicos o sociológicos, que

con tanto esfuerzo escriben (simular sabiduría sistemáticamente puede resultar arduo), tengan como destino el reciclaje, deben tener en mente a los ciudadanos. Ellos son su público natural. A ellos, más que a nadie, les interesa tener ideas y orientaciones fundamentadas para resolver las cuestiones públicas. Esas que afectan decisivamente su vida privada. Los embrollados, secos, cacofónicos textos de los brujos no sirven a los ciudadanos. Les sirven solo a ellos para subir en el escalafón académico y ejercer su poder sobre los incautos.

El origen de los brujos

¿Por qué nacen, crecen y se reproducen los brujos?

Porque la gente desconfía de la ciencia. Porque las universidades han permitido que la ideología y otras formas de conocimiento no científico sustituyan a la investigación objetiva, y que las creencias y las consignas políticas reemplacen a la demostración lógica y a la prueba. Porque los profesores universitarios conspiran contra la ciencia denostando la razón y la



Doble sentido

racionalidad y defendiendo el irracionalismo. Porque la enseñanza de ciencias es mala, y la de lenguaje, peor.

La universidad ecuatoriana, especialmente la universidad pública, ha ido renunciando a su función de producir conocimiento válido en el campo social para convertirse en caja de resonancia de las distintas ortodoxias que se han sucedido en el control del pensamiento social y en la dirección del debate académico o, más bien, del monólogo académico.

La repetición de fórmulas teóricas, convertidas en consignas, ha sustituido, así, a la reflexión y la investigación rigurosa. Hasta el punto de que lo que se presenta como investigación social no es la mayoría de veces más que una manera de confirmar ciertos prejuicios y tomas de posición política.

Ideologizadas y politizadas, ciertas universidades ecuatorianas han en-

trado en el peligroso camino de equiparar los saberes tradicionales con el conocimiento científico. Y han presentado esta renuncia a la ciencia como un signo de apertura y reconocimiento de la diversidad cultural del país. Hecho que ha promovido la difusión de un tipo de discurso vinculado a posiciones políticas de corte étnico y ancestralista, al que se ha sumado otro, relacionado con el enfoque de la inclusión y la diferencia.

Se trata, este último, de una variedad del feminismo que, apoyado en el giro lingüístico, ha ejercido una fuerte presión para imponer en la comunicación académica, coloquial y administrativa de las universidades el “lenguaje inclusivo”: modificaciones textuales, carentes de justificación histórica y gramatical, del tipo “Les alumnos”.

El “lenguaje inclusivo” es un subproducto de la política de la identidad, que es política de la diferencia, que, paradójicamente, ha eliminado las diferencias en el

La historia de las lenguas enseña (a quien la conozca un poco) que los cambios en el habla y en la escritura no se imponen desde las academias ni desde la dirección de un movimiento social, no importa cuán justas sean sus reivindicaciones

discurso volviendo neutro el lenguaje; sin considerar, como sostiene Beatriz Sarlo, que “La historia de las lenguas enseña (a quien la conozca un poco) que los cambios en el habla y en la escritura no se imponen desde las academias ni desde la dirección de un movimiento social, no importa cuán justas sean sus reivindicaciones. La militancia puede favorecer esos cambios, pero no puede imponerlos” (Diario El País, 22 de diciembre de 2019).

El mayor problema del avance de estas corrientes, que, en el primer caso, ha penetrado incluso en la medicina, es el reemplazo de la razón (madre de todos los males, para ellos) por la sensibilidad étnica o de género.

Perdidos entre los profesores que quieren estudiar a los seres humanos como si fueran partículas elementales, los que quieren medirlos como si fueran pedazos de tela, y los que quieren reinstaurar la magia, los estudiantes interesados en la política, la sociología, la comunicación social, no saben qué hacer. En realidad, sí lo saben. No les queda más remedio que pasar

a formar parte de alguna cofradía pseudointelectual y seguir sus ritos, porque el pensamiento esquemático no es más que eso: la repetición cotidiana de unas fórmulas y procedimientos que simulan el pensamiento y la investigación.

Los resultados obtenidos por los estudiantes ecuatorianos en la prueba PISA (Educación en Ecuador, resultados de PISA para el desarrollo, 2018) nos dan un indicio de dónde se encuentra una de las fuentes principales del deterioro de la universidad como centro de enseñanza y producción de conocimiento y del retorno de los brujos. En esta prueba, realizada en el año 2017, el 50% de los estudiantes ecuatorianos tuvo, en lectura, un desempeño menor al nivel dos, es decir, que estos chicos solo son capaces de una comprensión literal de “textos sencillos y familiares”. En matemáticas, el 70% no alcanzó el nivel básico de habilidades.

En estas condiciones, con jóvenes y adultos que no saben matemáticas y que apenas pueden leer, no es extraño que una docente que compara la familia con una má-

quina de vapor tenga audiencia y prestigio académico.

Tampoco es extraño que, en un medio en el que la gente se ha acostumbrado a usufructuar de los avances científicos y tecnológicos, sin tener la capacidad para formarse una idea aproximada del funcionamiento de los instrumentos que usa y de sus alcances y repercusiones en su vida y en la vida toda del planeta, los brujos, apoyados por el discurso irracionalista de ciertos profesores universitarios, la envuelvan en las redes del pensamiento mágico. Siempre resultará más fácil creer que conocer, y la gente suele aferrarse a cualquier persona, a cualquier mensaje que le brinde la seguridad de la creencia.

Aunque irrelevante, impertinente, falso, el conocimiento producido por los brujos no debe tomarse a la ligera. Es un conocimiento inútil pero pernicioso, que circula entre las élites “ilustradas” que forman parte de las burocracias políticas y académicas y de las dirigencias de las organizaciones sociales, y que sustenta sus decisiones. Su circulación entre las élites culturales y políticas permite al conoci-

miento inútil influir en la generación de nuevos usos y costumbres en el campo social, político y académico y, sobre todo, de nuevos límites a la investigación y la reflexión política y social. De él han surgido las fórmulas y maneras de lo “políticamente correcto”: pseudopensamiento autoritario y, por eso, contrario al pensamiento verdadero, a partir del cual se han instaurado nuevos parámetros de censura.

La actual crisis de la universidad ecuatoriana se ha atribuido casi exclusivamente a factores externos, sobre todo, al proceso de reforma universitaria iniciado en Europa en 1999, con la Declaración de Bolonia, y que se extendió a Ecuador y Latinoamérica. Este proceso, que sus críticos asociaron a la penetración del neoliberalismo en la educación superior, fue entendido, en Ecuador, como la causa suficiente y necesaria de la actual crisis universitaria.

La reforma de la educación superior llevada a cabo por el “correísmo” en el año 2010 estuvo, efectivamente, inspirada en el Plan Bolonia, pero fue, ante todo, un proyecto político construido en

torno a los ejes de la “revolución ciudadana”: gobernabilidad, reforma institucional y cambio del modelo de desarrollo, y basado en un discurso anticapitalista y anti-neoliberal. La reforma universitaria “correísta” adquirió, así, los mismos rasgos autoritarios y burocráticos que caracterizaron al modelo político “revolucionario”.

Para conseguir la gobernabilidad del sistema universitario, la reforma corresista, entre otras acciones, eliminó la elección democrática de decanos y sometió a las universidades al control de un organismo externo, el Consejo de Educación Superior (CES), en el que no había la participación de universitarios, sino de “técnicos”, afines al gobierno, seleccionados de acuerdo con un proceso aparentemente meritocrático. El primer paso para el control de las universidades se había dado con la inclusión, en la Ley Orgánica de Educación Superior, del principio de “autonomía responsable”: una fórmula pleonástica para justificar el tutelaje de las universidades por parte del gobierno.

Adicionalmente, el gobierno neutralizó al movimiento estudiantil a través de la creación de una organización alineada a su política, la Ceupe (Confederación de estudiantes universitarios y politécnicos del Ecuador), así como del desarrollo de una fuerte campaña mediática de desprestigio de dicho movimiento. En el campo de la producción de conocimiento, pretendió dirigir la investigación de las universidades de acuerdo con las metas de los planes de desarrollo y los objetivos de cambio de la matriz productiva planteados por la “revolución ciudadana” (Ver mi artículo *Los retos de la educación universitaria en Ecuador el Ecuador*, publicado el primero de mayo de 2018 en Plan V)⁹.

Así, la “reforma correísta” no modificó, sino que afianzó en la universidad ecuatoriana la tendencia de las disciplinas sociales a la “cientifización”. Fomentó, especialmente, la asimilación del conocimiento social al de las ciencias duras, a través del impulso a las publicaciones de corte empirista

9 https://www.planv.com.ec/historias/sociedad/retos-la-educacion-universitaria-el-ecuador?fbclid=IwAR0fiCF5bHJwZWnvJ2JmTSjwMxkdTlImvzn_bBtovBdOTGEDJdYtHemZZc

en revistas indexadas, y estigmatizó aquellas formas de reflexión social que, como el ensayo sociológico, han constituido lo mejor de nuestra producción en el campo de los estudios sociales. No descuidó, sin embargo, la promoción de los apologistas de la “revolución ciudadana” y la producción editorial, disfrazada de ciencia gracias a la estadística, comprometida con dicho proyecto político.

Pese a todo, en tiempos de Correa, y aún ahora, los universitarios, mientras claman contra el neoliberalismo, no han querido darse por enterados de su responsabilidad en la crisis de los estudios sociales que ellos mismos han fomentado.

Los científicos quieren saber. Los brujos quieren parecer científicos, pero, en verdad, ¿quieren saber? No. Ellos quieren creer y formar sectas en torno a sus creencias y personas. Les interesa más el poder que la verdad. El control de las conciencias más que el control

de la investigación y las pruebas. Los brujos han llegado para quedarse. Y no se ve ningún indicio de que las autoridades y la comunidad universitaria no acaben sometiendo a ellos. La esperanza de construir una universidad en la que el conocimiento social no sea -por irrelevante, falso, impertinente-prescindible, es cada vez más lejana, pues los directamente implicados en el problema no lo ven o no quieren reconocerlo. Además, si la educación en los niveles primario y secundario no mejora y sigue enviando a la universidad chicos con escasos recursos cognoscitivos y carentes de autonomía intelectual, el problema tenderá a perpetuarse.

Si los que tienen la posibilidad de decidir sobre estos asuntos no se interesan realmente en brindar una educación de buena calidad a los niños y jóvenes, cuando estos lleguen a la universidad, la comunidad de los brujos terminará absorbiéndolos.

* **Fernando López Milán**, Doctor por la Universidad de Salamanca. Docente y Director del Instituto de Posgrados de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador.